

EL FESTIVAL DE SAN SEBASTIAN

Protestas, apoyos y premios

DIEGO GALAN

DIAS antes de concluir el Festival apareció una entusiasta nota de apoyo al mismo firmada por "los barrios". Se quería contrapesar así lo que se había creído una forma de destrucción del Festival: las críticas que muchos hablamos hecho a la mala organización sufrida este año. En esa nota entusiasta, como en las declaraciones anteriores de algunos de los responsables del Festival, se hablaba de un contubernio para cargárselo, que si bien tenía una base cierta (la de cierta prensa local a la que ya nos referimos en una crónica anterior), no permitía englobar todo tipo de crítica. Hubo en este San Sebas-

ocurrió algo notable: la proyección de la película mexicana "El lugar sin límites", de Arturo Ripstein, basada en la novela homónima de José Donoso, donde descubrimos a un actor extraordinario, Roberto Cobo, encarnando a un personaje singular: la loca Manolita, que regenta una vieja e inútil casa de putas en un pueblecillo, también inútil y muerto, donde se sobrevive mal y sólo a base de recuerdos. La película de Ripstein fue de las mejor recibidas por el público: la gracia especial del personaje interpretado por Cobo, la imaginación y frescura de los diálogos y el ambiente decadente de una pequeña sociedad marginada,

los espectadores, y las quinielas del Jurado variaron conforme el entusiasmo particular de que cada uno se orientaba hacia una película u otra. Los miembros del Jurado, sin embargo, barajaron hábilmente ambos títulos. Y quedó establecido así el palmarés: Concha de Oro al mejor largometraje: "Alambrista", de Robert Young (USA); Premio especial del Jurado: "El lugar sin límites", de Ripstein (México); Concha de Plata: "Como en casa", de Marta Meszaros (Hungría); mejor dirección: "Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez Aragón (España); mejor actor: José Sacristán, por "Flor de Otoño", de Pedro Olea (España); mejor ac-

triz: Carol Burnett, por "Un día de boda" (USA); mejor película en habla castellana: "El asesino de Pedralbes", de Gonzalo Herralde (España).

El lector ya tiene noticias de estos títulos a través de la crónica publicada la pasada semana. Como se ve, los que en ella se consideraron como posibles para premios aparecen inevitablemente en el palmarés. Este era claro y no había posibilidad de que el Jurado se orientara hacia sorpresas excesivas. Podría discutirse el orden de entrega, pero en cualquier caso, esto es posible en todos los palmarés. En éste, quizá el otorgado a Marta Meszaros por "Co-



"Alambrista", de Robert Young. Gran Concha de Oro.



"La vieja memoria", de Jaime Camino. Premio Fipresci.

tián una histeria generalizada. Todos los que no éramos fervientes defensores de la marcha que había llevado este año, nos convertíamos en agentes de Mallorca. Una exageración inútil, crispada y adolescente que no superó esa nota de los "barrios". De cualquier forma, de esto hemos hablado ya y no es necesario insistir. Pero uno va con preocupación la marcha de un Festival que no acepta la posibilidad de equivocarse. Resumamos, pues, nuestro punto de vista, común en general al de otros cronistas de Barcelona y Madrid: el Festival tiene una base correcta y válida, pero una pésima organización. O mejora por sí mismo, o ellos solos acabarán cargándose.

En orden a los premios (que es el motivo principal de esta crónica), también en los últimos días

narrado con más sensibilidad que talento, conformaron un conjunto donde no era difícil prever un premio del Jurado. Se hicieron inmediatamente comparaciones con la película de Pedro Olea, "Un hombre llamado Flor de Otoño", por el simple hecho de que en ambas películas un actor interpretaba un personaje travesti; alrededor de esa circunstancia, Ripstein y Olea, inspirados igualmente en sendas obras literarias, habían dirigido dos películas que en ningún otro aspecto se parecían. Mientras que la película de Olea trataba de recrear el ambiente social y político de una etapa histórica real, Ripstein recreaba un mundo literario donde la identificación con esa realidad se hacía a través de personajes que podrían darse en otros momentos históricos. Sin embargo, esa disputa fue establecida por



"Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez Aragón. Mejor dirección.



Los premiados, en el escenario del Victoria Eugenia.

mo en casa" sea el más extraño. La película, metafísica y ambigua, era bastante inferior a los títulos de la misma directora proyectados en otras secciones del Festival: la Informativa o el ciclo de la mujer en el cine. Está bien, sin embargo, como está y poco más puede añadirse.

Los restantes premios no oficiales estaban también previstos. La FIPRESCI (Jurado de la Federación Internacional de Críticos, entre cuyos miembros tuve la ocasión de ser incluido) premiamos la película de Jaime Camino, "La vieja memoria", una excelente crónica de la guerra civil española a partir de los documentos de los supervivientes, que aún discuten los puntos de vista distintos que les llevaron a enfrentamientos estratégicos e ideológicos durante la contienda. Una memoria que es necesario no perder, puesto que esos combates dialécticos permanecen vivos e inalterables en nuestro presente.

La OCIC (Oficina Católica Internacional del Cine) premió "Alambrista", que se constituye así en la película de los festivales, puesto que ya en Cannes —proyectada en la Semana de la Crítica, es decir, fuera de la competición oficial— había recibido el premio Cámara de Oro de la crítica internacional. "Alambrista" es el docu-

mento impresionante de cómo viven los mexicanos que, muertos de hambre, se ven obligados a atravesar clandestinamente la frontera de los Estados Unidos para tratar de encontrar provisionalmente un trabajo también clandestino. Domingo Abriez es el actor mexicano que encarna a este protagonista: un actor extraordinario al servicio de una película apasionante en muchos momentos.

Y esto es todo. Ya decíamos la pasada semana que este año el Festival había importado mucho más por su propia estructura que por las películas proyectadas, no en tanto éstas fueran mediocres, sino porque habían adquirido un segundo puesto en la sucesión de noticias. Ni Cannes ni Berlín han supuesto tampoco este año la plataforma de descubrimiento de grandes obras. San Sebastián, que ha ido siempre a la zaga, no podía variar esa tónica. Lo que sí podía haber variado es su propia sensibilidad organizativa y su capacidad para entender las críticas hechas desde la defensa del propio Festival. Pero no parece que haya sido posible este entendimiento. Quizá pueda ocurrir el próximo año. Quedan aún muchos días para los exámenes de conciencia y de eficacia. ■

"UN HOMBRE LLAMADO FLOR DE OTOÑO"

PREMIO de Interpretación para José Sacristán por su acierto en componer el difícil personaje de Lluís de Serracant. Un hombre que vive diariamente el compromiso de su triple personalidad: abogado descendiente de una ilustre familia conservadora de la Barcelona de los años veinte, "travesti" durante la noche y militante anarquista dispuesto a asesinar al dictador Primo de Rivera. Una personalidad dividida, pero que encuentra en su quehacer diario la posibilidad de reducirse a un solo hombre. De hecho, al hombre que en definitiva puede encontrarse en cualquier ciudadano medio, aunque, lógicamente, no por una traducción matemática de las particularidades de Lluís de Serracant, pero sí por el desdoblamiento al que obliga cualquier clandestinidad. Y clandestinamente hemos vivido y continuamos viviendo todos. Doctores Jeckylls y misteres Hydes en una sociedad que sólo reconoce a sus individuos en una clasificación fácil y ortodoxa. Pedro Olea desvela la complejidad de un hombre excepcional, pero que no se encuentra solo en su devenir diario. Otros personajes le acompañan, otros mundos vienen conectados con cualquiera de sus tres dimensiones.

La posibilidad de que "Flor de Otoño" se convirtiera en un melodrama lacrimógeno ha sido olvidada por Olea. Hay, naturalmente, momentos dramáticos donde ese melodrama adquiere su legítimo carácter protagonista. Pero es curioso observar cómo en el desarrollo de la película todas las posibilidades de éste han sido marginadas. Una evolución correcta por parte de Olea cuando justamente su pe-



José Sacristán. Mejor interpretación masculina.

lícula anterior, "La Corea", pecaba de todo lo contrario. Las ellipsis que en este sentido hace "Flor de Otoño" revelan una madurez cinematográfica notable. Lo que no la convierten en una obra maestra. Esa ausencia de trucos fáciles no ha venido sustituida por un rigor mayor en el análisis de la época histórica en que se mueve por el personaje o, en definitiva, por un cambio de dimensión de película sobre un individuo a película sobre una colectividad. Está ésta insinuada en la película, pero no desarrollada. De haberse comprometido más Olea, hubiera realizado la mejor película de su carrera. Aun no siéndolo, "Flor de Otoño" está entre las mejores y, desde luego, entre las películas más dignas y nobles que el cine español haya presentado últimamente. ■

"SONÁMBULOS"

SIN duda la mejor película de las proyectadas en todo el ámbito del festival. Reconocida por el Jurado con un premio a la mejor dirección, levantó polémicas desde el momento mismo de su proyección. "Sonámbulos" no es una película fácil en el sentido de que puede seguirse su "argumento" con la tradicional pasividad del espectador. Al contrario, el trabajo de Manuel Gutiérrez Aragón exige una actividad sensible, una participación abierta donde las imágenes de la película puedan sugerirle a ese espectador posibilidades infinitas de participación. Imá-

genes, por otra parte, de una inusitada belleza: Teo Escamilla, junto al equipo de decoración y vestuario, ha realizado una sorprendente fotografía llena de datos, de invitación a la complicidad y también a la reflexión.

Reflexión que "Sonámbulos" conduce por el terreno del compromiso político, sin que en ningún caso la película tenga un contenido político en primera instancia, en el sentido en que puedan tenerlo las películas militantes al uso. Su conexión con los cuentos infantiles —la princesa debe matar a la reina madre para comenzar a sentirse li-

bre— la aleja aparentemente de esa lectura política, si bien, esa "princesa", militante del PCE, se debate durante toda la película entre la necesidad de su compromiso político y el desprecio por ese compromiso. Un desprecio producto del cansancio o del afán de una libertad individual. La cultura (o el libro de todas las cosas) puede ser la llave de esa libertad. Pero una libertad, fuera de la madre, conduce a la locura, al individualismo, a la marginación. ¿Qué hacer entonces? ¿Qué puede hacer la "princesa" de este cuento, en el que Manuel Gutiérrez Aragón reflexiona desde parcelas generales

y desde las muy concretas de una España problematizada y necesitada de clarificación? La película se abre a la comprensión del espectador desde sus muy personales puntos de vista. Sólo es necesario que ese espectador esté dispuesto a dejarse invitar por el juego fílmico propuesto y no trate de penetrar en su juego simbólico buscando una traducción única.

Película insólita y extraordinaria que puede verse repetidas veces. Cada proyección descubre aspectos nuevos y extraordinarios. "Sonámbulos" es, sin lugar a dudas, una obra maestra. ■